

BRITTAINY CHERRY

Eres mi canción favorita



Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



Eres mi canción favorita

Brittainy Cherry

Traducción de Luz Achával



Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo

Agradecimientos
Sobre la autora

Página de créditos

Eres mi canción favorita

V.1: Enero, 2022

Título original: *The Mixtape*

© Brittainy C. Cherry, 2021

© de la traducción, Luz Achával, 2022

© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2022

Todos los derechos reservados.

Los derechos morales de la autora han sido reconocidos.

Esta edición ha sido posible gracias a un acuerdo entre Amazon Publishing, www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria..

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Kaznavour - Shutterstock

Corrección: Cristina de la Calle

Publicado por Chic Editorial

C/ Aragón, 287, 2^o 1^a

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-83-7

THEMA: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Eres mi canción favorita

«Me encontraste cuando mis latidos casi se habían apagado y los devolviste a la vida.»

Todo el mundo tiene una lista de canciones que define su vida. La de Oliver, un cantante de éxito, es alegre y llena de color hasta que pierde a su hermano gemelo en un terrible accidente. Pero entonces conoce a Emery, una joven madre soltera que cambiará su vida y su música para siempre, y que le enseñará que, a veces, necesitamos caer para volver a escuchar a nuestro corazón.

Descubre uno de los libros más emotivos de Brittainy Cherry

«Brittainy Cherry deslumbra con esta historia de amor, con la que demuestra que sabe emocionar al lector como nadie.»

Publishers Weekly

A mi familia, mi cinta favorita

Nota de la autora

Esta historia nace de un lugar de amor y compasión por todas las mujeres del mundo que tanto soportan cada día. He querido escribir una historia desde el corazón, relevante y con sentido.

Por ello, me gustaría mencionar que ciertas partes de la trama pueden resultar delicadas para algunos lectores debido a los temas que tratan, pues incluyen la drogodependencia, la depresión, el abuso verbal y la violación.

Prólogo

Oliver

Hace seis meses

Aunque vengo de una familia de extrovertidos, yo nunca lo he sido. No me molestaba en absoluto. Había tenido la suerte de descubrir quién era a una edad muy temprana, y mi familia me quería tal y como era. Me gustaba mi introversión. Para ser feliz solo necesitaba un libro, una larga lista de reproducción y un compañero canino.

Mi hermano Alex, más parecido a mis padres, era el polo opuesto. En las reuniones sociales se sentía en su ambiente y ocupaba el centro de atención en cualquier fiesta. Cuando tienes un hermano gemelo, el autodescubrimiento parece casi imposible porque todo el mundo te compara con tu otra mitad. Sin embargo, yo nunca he tenido ese problema con Alex. Éramos mejores amigos, pero nuestras diferencias se contaban por millones. Si bien en las reuniones él era el extrovertido, yo era el observador.

Mi hermano se relacionaba en grupo, mientras que yo prefería analizar desde lejos. Siempre supe que también era sociable, pero me relacionaba mejor de forma individual. Las multitudes me agobiaban, porque me transmitían una energía muy caótica. Aunque mi hermano y

yo nunca caímos en la trampa de creernos menos que el otro, el mundo tenía sus propias opiniones al respecto.

Formábamos un dúo musical, Alex y Oliver, y de este modo conseguimos más éxito del que quizá merecíamos. Cuando una pareja de hermanos está en el punto de mira, uno de ellos se convierte en el favorito de la gente. Con los gemelos es todavía peor. Los medios de comunicación no paraban de compararnos: desde nuestro aspecto y personalidad hasta cómo nos vestíamos y nos comportábamos en las entrevistas. Alex era carismático de los pies a la cabeza. Podía conocer a un extraño en una estación de metro y cinco minutos más tarde parecían amigos de toda la vida.

En cambio, yo me tomaba mi tiempo para conocer a una persona. No me abría de inmediato, por lo que a veces resultaba frío. Aunque en realidad era todo lo contrario. Quería saber qué emocionaba a quienes me rodeaban. No solo me interesaba el lado bonito, sino también el difícil y tormentoso.

No pretendía conocer su equipo de fútbol preferido o cómo celebraba fin de año con sus amigos. ¿Quién era en sus peores días? ¿Cómo trataba a los animales cuando nadie miraba? Cuando se sentía deprimido, ¿cómo de oscuros eran sus pensamientos? Por desgracia, nos encontrábamos en un mundo donde profundizar ya no era muy común. La gente vivía de manera superficial y solo exhibía sus momentos más felices. En ocasiones, tardabas años en descubrir las sombras de alguien, y la mayoría de la gente no permanecía a mi lado lo suficiente como para profundizar tanto.

Por eso, incluso con el dúo, teníamos fans muy diferentes. Los «alexcohólicos» eran el alma de la fiesta. La parte del público que aportaba la misma energía que desprendía mi hermano. Los «olivas» (el nombre no lo había escogido yo) eran bastante más tranquilos. Entre

estos, se encontraban los que escribían cartas a mano y, mediante las redes sociales, me mandaban largos mensajes sobre lo mucho que se habían conmovido con nuestras canciones.

Tanto los «alexcohólicos» como los «olivas» eran los mejores. Sin una de las partes, ni Alex ni Oliver habrían podido celebrar el lanzamiento de un tercer álbum con su discográfica.

Aquella noche el club estaba repleto con la flor y nata de la industria musical para celebrar el lanzamiento de nuestro nuevo álbum: *Heart Cracks*. La sala rezumaba talento, ego y una riqueza insólita. Todo aquel con cierto renombre se encontraba allí, o, al menos, eso decía internet.

Por mi parte, sin embargo, solo quería irme a casa. No me malinterpretéis, estaba agradecido por todo lo que me había dado la vida. Sentía una enorme gratitud hacia mi discográfica y mi equipo, pero, tras unas cuantas horas en modo «encendido», necesitaba algo de soledad para recargar las pilas. Nunca me han gustado mucho las fiestas. Me apetecía más irme a casa, ponerme el chándal y darme un atracón de documentales en Netflix. Tenía una extraña obsesión con los documentales. ¿Había pensado alguna vez en volverme minimalista? No. ¿Vería un documental al respecto? Sí, por supuesto.

Esa noche había muchísima gente en la fiesta. Gente que me miraba con una sonrisa, pero que, seguramente, no me conocía. Gente que reía y hacía planes para verse de nuevo, aun sabiendo que aquello nunca ocurriría. Gente que se juntaba para comentar los dramas y los chismes de la industria musical.

A mi izquierda, Alex socializaba como el que más. Actuaba como el príncipe encantador que siempre había sido y, mientras tanto, yo picoteaba algo junto a una mesa

repleta de comida, poniéndome fino a bocaditos de cangrejo.

Lo único que ambos teníamos en común era nuestro gusto musical y nuestro aspecto. Desde el pelo rizado castaño oscuro hasta los ojos color caramelo que no habíamos heredado de nuestros padres. Nuestro padre solía bromear diciendo que nuestra madre tenía que haber echado una canita al aire durante su relación. No obstante, en general, éramos idénticos a él, un hombre negro y esbelto de mirada acogedora, nariz redonda y sonrisa amplia. Cuando nuestros padres no sonreían, era porque se estaban riendo, y, si no, era porque estaban bailando. La mayor parte del tiempo hacían las tres cosas a la vez. Nos habían criado dos de las personas más felices y comprensivas del mundo.

Estaba recorriendo la mesa de los aperitivos cuando alguien me apoyó la mano en el hombro y me puse tenso al pensar que tendría que ponerme la capa de socializar otra vez. Me di la vuelta con rapidez y suspiré aliviado al ver a Alex detrás de mí. Iba vestido de negro de los pies a la cabeza, y llevaba un cinturón Hermès de hebilla dorada que probablemente salía de mi armario. Tenía el cuello de la camisa bien planchado y las mangas arremangadas hasta los codos.

—No hace falta que socialices tanto, hermano. La gente tiene miedo de que te subas a una mesa y te pongas a bailar —bromeó Alex, que acto seguido me arrebató el quincuagésimo bocadito de cangrejo de la mano y se lo llevó a la boca.

—He saludado a Tyler —me defendí.

—No creo que saludar a tu mánager sea socializar. — Echó un vistazo a su alrededor y se frotó la nuca. Al golpear su collar, este comenzó a balancearse. Era la mitad de un colgante con forma de corazón. La otra parte la tenía

yo. Mamá nos lo regaló diez años atrás, justo antes de nuestra primera gira. Dijo que nos dejaba sus latidos.

Cursi a más no poder, pero, en fin, así era nuestra madre. La mujer más dulce que he conocido nunca, y una auténtica llorona. Todavía no era capaz de ver *Bambi* sin acabar con los ojos llenos de lágrimas.

No nos habíamos quitado esos colgantes ni una sola vez. Y yo agradecía el recuerdo de nuestro hogar.

—Iré a hablar con Cam, ¿qué te parece? —sugerí. Alex hizo un esfuerzo por ocultar una mueca, pero poner cara de póker no se le daba nada bien—. No puedes guardarle rencor para siempre.

—Ya lo sé, es que no me gustó que hiciera aquella entrevista y te echara a los leones para conseguir algo de visibilidad. Tu chica no debería comportarse así.

Cuando mi hermano y yo formamos el dúo, empezamos tocando en muchos locales pequeños. En ese momento nos topamos con Cam, una estrella emergente del *country* de un pequeño pueblo de la Georgia profunda.

Aunque éramos artistas muy diferentes (yo era músico de *soul/rythm and blues* y ella cantante de *country*), teníamos algo en común. No todos los días se encuentra uno a dos personas negras triunfando en una industria en la que son minoría.

A pesar de que ambos habíamos triunfado, el ascenso a la fama de Cam se había dado en el último año. Al fin estaba consiguiendo el reconocimiento que merecía por su talento, y a mí me encantaba verlo. El único problema era que con el éxito venía el ego. Brillaba bajo los focos, pero, al parecer, eso causaba adicción. Con el tiempo, resultó evidente que crecíamos en direcciones opuestas, algo que tuve claro cuando una tarde salimos a almorzar y Cam se acercó a los *paparazzi* para que nos sacaran una foto juntos.

La fama se convirtió en lo único que buscaba. Más, más, más. Nunca tenía suficiente, y esa necesidad de ser el centro de atención afectaba a su sentido común. Tomaba decisiones precipitadas sin pensar en las consecuencias y confiaba en las personas equivocadas. Se comportaba de una manera que no se parecía en nada a la de la mujer dulce que había conocido años atrás.

Aun así, sabía que no era una mala persona. Yo también había sido el centro de atención los últimos años, por lo que entendía el efecto que eso podía causar. Cuando nos conocimos, conectamos de esa manera profunda que tanto me gustaba. Ella tenía un sueño, igual que yo. Sabía que aún existía esa bondad en su interior. Estaba convencido de que simplemente necesitaba encontrar el equilibrio después de haber alcanzado la fama tan deprisa durante el último año. A ratos, seguía viendo esa inocencia en sus ojos. Otras veces veía miedo. Así que, ¿qué clase de capullo sería si la hubiese dejado justo cuando estaba encontrando su camino?

Cuando unas semanas antes hizo una entrevista en la que habló sobre nuestra relación personal (algo que yo nunca había querido compartir con el público), Alex se cabreó. Cam sabía que no me hacía ninguna gracia que nuestra relación cayera en las garras del público. Ya habíamos visto cómo los medios destrozaban, una y otra vez, la vida de la gente por diversión. Cam me explicó que lo hizo sin mala intención y que el entrevistador la confundió para que respondiese a las preguntas sobre nuestra relación. Y yo la creí. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—No lo hizo con mala intención —musité mirando a mi hermano, que parecía bastante molesto.

Se encogió de hombros.

—Claro que no, pero lo ha utilizado para ganar fama. Ya sé que lleváis mucho tiempo juntos, y no quiero decir que te esté usando...

—Pues no lo digas —respondí con los dientes apretados.
Alex frunció el ceño.

—Vale, olvidémoslo.

—Te lo agradezco. —Sabía que lo decía de buena voluntad. Era un hermano sobreprotector y, cuando tenía que ver con sus relaciones, yo era igual con él. Solo queríamos lo mejor para el otro. Esbocé una sonrisa y le di unas palmaditas en la espalda—. Mis sentidos de chico introvertido se están activando, creo que me voy a casa.

—¿Te marchas tan pronto de tu propia fiesta? Diría que me sorprende, pero... —bromeó con sorna—. ¿Cam se va contigo?

—Sí, hemos venido juntos. Voy a buscarla.

Alex me dio una palmada en la espalda antes de coger de la mesa una albóndiga con un palillo.

—De acuerdo. Llámame cuando llegues a casa, ¿vale? Y si necesitas cualquier cosa, dímelo. Te quiero.

—Y yo a ti.

—Oh, y, hermano...

—¿Sí?

—Felicidades por el nuevo álbum. ¡Que sean cincuenta millones más! —exclamó Alex con los ojos empañados, como los de mamá. Menudo intensito.

—Esto es solo el principio —asentí, le di un abrazo y le propiné unas palmaditas más en la espalda. Parpadeé unas cuantas veces para impedir que se me humedecieran los ojos. Menudo intenso era yo también.

Supuse que lo de ser así nos venía de familia. Pero, joder, habíamos trabajado mucho durante más de quince años para levantar nuestra carrera. Se dijo que nos convertimos en una sensación de la noche a la mañana cuando nuestra canción «Heart Stamps» apareció en las listas de la revista *Billboard*, pero, al parecer, los medios

olvidaron mencionar los años de esfuerzo que habían precedido a ese momento.

Cogí un último bocadito de cangrejo antes de dirigirme hacia Cam, y mis pensamientos se aceleraron porque tenía que saludar a las personas con las que se encontraba. Mis ganas de socializar estaban bajo mínimos. Los nervios comenzaron a ascender por mi garganta a medida que me acercaba más y más, pero me esforcé para reprimirlos.

Cam era espectacular. Eso era innegable. Cualquiera persona en sus cabales pensaría lo mismo. Con sus ojos marrón claro, su pelo largo y liso de color negro azabache y su cuerpo escultural parecía una diosa. Se movía como la música y su sonrisa hacía que cualquier hombre ansiara su atención. Esa fue la expresión que me cautivó durante tantos años.

Aquella noche lucía un vestido de terciopelo negro tan ajustado que parecía que se lo hubieran cosido directamente sobre el cuerpo. Se alzaba imponente en sus tacones de suela roja, con el pelo recogido en una cola alta y los labios pintados de color carmesí.

Apoyé la mano en la cintura de Cam y se entregó a mi caricia por un momento, antes de mirar por encima del hombro.

—¡Oh, Oliver! Hola. Pensaba que eras otra persona.

¿Quién más iba a acariciarle la espalda de esa manera? ¿A qué otra mano iba a entregarse así?

—No, soy yo. —Los dos hombres con los que estaba hablando asintieron y me miraron con una sonrisa, y yo respondí con el mismo saludo básico antes de girarme hacia Cam—. Iba a marcharme. Ya que vinimos juntos, he pensado que tú también querías.

—¿Qué? No. La noche acaba de empezar, no seas aguafiestas —dijo, aparentemente bromeando, antes de volverse hacia los dos hombres—. Oliver siempre se pone aguafiestas en estos eventos.

Todos rieron como si yo fuera el bufón de la noche. Sentí que se me encogía el pecho y dejé caer la mano antes de acercarme para susurrarle al oído:

—No tienes por qué hacer eso, ¿sabes?

—¿El qué?

—Actuar todo el tiempo. —Estaba representando el papel de chica desenfadada y juguetona, pero, a su vez, me estaba arrojando a los leones, como había dicho Alex.

Los ojos de Cam se encontraron con los míos. Un destello de aversión cruzó su rostro antes de que recuperara la compostura y me dedicara una sonrisa falsa a la vez que replicaba:

—No estoy actuando. Estoy haciendo contactos, Oliver.

«Ahí está».

La mujer a la que ya no conocía. El lado de Cam que menos me gustaba. Cada día echaba un poco más de menos la chica que era.

«Vuelve conmigo».

No dije nada más, porque sabía que no servía de nada intentar llegar a ella cuando estaba metida en ese papel. Ellos me miraron con una mueca de suficiencia cuando me volví para marcharme. Ni siquiera me molesté en despedirme. Los mandé a la mierda para mis adentros y también a sus gestos arrogantes. Me bastaba con saber que yo era la única persona con la que Cam volvería esa noche a casa.

Atravesé la multitud de sardinas con la cabeza gacha para no establecer contacto visual con nadie, con la esperanza de evitar cualquier tipo de interacción social. Mi cerebro había alcanzado su límite de sociabilidad y solo necesitaba encontrarme con mi chófer fuera para irme a casa.

Fui disparado hasta el guardarropa y mascullé un «gracias» al chico que me dio la chaqueta. Luego me dirigí hacia la parte frontal del edificio, donde, a la izquierda,

detrás de unas barreras, los *paparazzi* llevaban toda la noche esperando la oportunidad de conseguir una foto de todos y cada uno de los famosos que salieran del club.

—¡Oliver! ¡Oliver! ¡Aquí! ¡Has venido con Cam! ¿Hay problemas en el paraíso?

—¿Por qué Cam no se marcha contigo?

—¿Es verdad que lleváis años saliendo juntos en secreto?

—¿Por qué mentir sobre vuestra relación? ¿Te avergonzabas de ella?

Y precisamente por esa razón no quería que esos capullos metieran las narices en mi vida.

Los ignoré y giré hacia la derecha, donde se alzaba otra barricada. Detrás estaban las personas que me importaban de verdad. Los fans.

Pese a que estaba exhausto y había desconectado el cerebro, fui hacia ellos y sonreí. Pasaría tanto tiempo como pudiera sacándome fotos con los fans porque sin ellos, Alex y yo ni siquiera tendríamos una fiesta de lanzamiento que celebrar.

—Hola, hola, ¿cómo va? —pregunté mientras le sonreía a una chica. Debía de tener unos dieciocho años y sostenía un cartel que decía OLIVADxVIDA.

—Ay, Dios mío —murmuró y esbozó una amplia sonrisa que revelaba su aparato de colores. Los ojos se le llenaron de lágrimas y empezó a temblar. Tomé su mano trémula con la mía.

De no haber sido porque sus amigas la sostenían, estaba seguro de que se habría caído al suelo.

—E-eres mi he-he-héroe —soltó, y no pude evitar sonreír.

—Y tú eres mi heroína. ¿Cómo te llamas?

—Adya. —Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas y se las enjuagué—. No l-lo entiendes —tartamudeó mientras negaba con la cabeza—. Tu música me ayudó a

salir de una depresión. Mis compañeros de la escuela me acosaban y quise qui-quitarme la vida, pero me refugié en tu música. Me salvaste.

La hostia.

«No llores, Oliver. No te atrevas a llorar, joder».

Le apreté la mano y me acerqué a ella.

—Si supieras cuánto me has salvado tú también, Adya.

Ella era la razón por la que hacía música. Ella y todos los demás que siempre estaban allí apoyando a Alex y Oliver. A la mierda los *paparazzi*. Yo estaba allí por los fans, porque ellos siempre estaban a nuestro lado.

—Conque sacándote fotos sin mí, ¿eh? —se metió Alex, y me dio una palmadita en la espalda. Llevaba la chaqueta en la mano como si estuviera a punto de marcharse también.

—¿A dónde vas? —pregunté.

—Me he cansado —dijo con la mirada fija en el reloj.

—Eso es mentira. —Alex siempre era de los últimos en irse de la fiesta.

Sonrió con picardía.

—Kelly me ha mandado un mensaje porque tiene hambre. He pensado en llevarle un poco de sopa de pollo, ya que no se encuentra bien.

Eso tenía más sentido. Kelly era mi asistente y Alex estaba coladito por sus huesos. Estaba viviendo en mi garaje mientras renovaban su *loft*. Por lo tanto, parecía que Alex pasaba por mi casa mucho más de lo normal y, definitivamente, no venía a visitarme a mí.

—Se me ha ocurrido ir contigo para aprovechar el viaje —dijo, y me propinó un codazo—. Después de sacarnos unas cuantas fotos con la peña.

Siempre había tenido la sensación de que Alex y Kelly tenían cierta conexión y no me sorprendía que hubieran comenzado a hablar. Lo cierto es que eran la pareja ideal. Durante un tiempo, Kelly padeció un trastorno alimenticio

al intentar seguir los estándares de belleza de Hollywood. Alex fue quien más la ayudó a superar los momentos difíciles. Cada día se sentaba a comer con ella, sin falta, para asegurarse de que sabía que no estaba sola en su sufrimiento. Lo que comenzó como una amistad se transformó, poco a poco, en algo más significativo.

Nos hicimos unas cuantas fotos más con los fans mientras ignorábamos a los buitres que nos lanzaban preguntas absurdas desde el lado opuesto. Luego nos subimos en el asiento trasero del Audi negro que nos estaba esperando.

—Oye, Ralph, ¿te importa si fumo aquí dentro? —preguntó Alex tras acercarse al chófer.

—No se preocupe, señor Smith. Puede hacer lo que quiera —contestó Ralph, tan despreocupado como de costumbre. Alex sentía la necesidad de preguntarle antes de fumar, aunque él siempre decía que no pasaba nada.

Entonces, mi hermano se recostó en el asiento y encendió un porro. No fumaba mucho, si bien siempre se fumaba uno después de cualquier evento. Tal vez era su manera de relajarse tras una reunión. Yo habría adoptado el hábito si hubiera pensado que iba a ayudarme con la ansiedad social, pero, en vez de eso, la maría incrementaba mi paranoia sobre lo que la gente opinaba de mí.

No, gracias.

—¿Has escuchado esta canción? —preguntó mientras sacaba el móvil y reproducía la melodía—. «Godspeed», de James Blake. Joder. Tiene una voz flipante, tío. Suave como el *whisky*. Me recuerda a nuestros primeros temas, antes de que firmásemos el contrato con la discográfica. —Se dejó caer en el asiento y cerró los ojos—. Cada vez que escucho música como esta, siento que me he convertido en un vendido. Este es el tipo de música que queríamos hacer, ¿te acuerdas? Música que juega con tu alma en el buen sentido. Que te hace sentir vivo.

La canción era poderosa y, al mismo tiempo, muy apacible, cosa que no resultaba sorprendente al tratarse de James Blake. Me conmovía en lo más profundo de mi ser. Alex tenía razón, nuestra música también era así al principio. Trascendental. Cuando firmamos el contrato con la discográfica, ellos cambiaron mucho nuestra dirección, lo que nos trajo popularidad, millones de fans y millones de dólares. Pero ¿a qué precio? ¿Cuánta fama y dinero se necesitaba para que una persona vendiese su alma?

Muchos días deseaba volver a la época de los pequeños locales con público reducido.

Todo resultaba más auténtico por aquel entonces.

Cogí el móvil y abrí la lista de reproducción que estaba escuchando esos días para compartir mi canción favorita de James Blake. No pasaba un día en que Alex y yo no intercambiásemos música. La usábamos para expresar cómo nos sentíamos, un día sí y otro también. A veces, estábamos demasiado agotados para mantener una conversación de verdad y, entonces, las canciones eran una forma de comunicarnos.

Si habíamos tenido un día genial, «It Was a Good Day», de Ice Cube. ¿Bajón? «This City», de Sam Fischer. Si el mundo nos estaba sacando de quicio, «Fuck You», de CeeLo Green. Fuera cual fuera el sentimiento, alguna canción podía expresarlo.

—¿Has oído esta? —pregunté mientras seleccionaba «Retrograde», de James Blake. La primera vez que la escuché, supe que era importante.

Alex abrió los ojos y se inclinó hacia delante. Frunció el ceño mientras su cabeza comenzaba a moverse con suavidad al ritmo de la canción.

—Joder —dijo a la vez que esbozaba una sonrisa mientras la letra penetraba en su cabeza. Se le empañaron los ojos, el porro descansaba entre sus labios con la brasa roja brillando en la punta—. Tenemos que volver a producir

música de este rollo. —Acto seguido, se pasó el pulgar por los ojos húmedos y yo sonreí.

El sensible de mi hermano siempre se emocionaba más cuando iba colocado.

—Hablo en serio, Oliver. Tenemos que volver a...

Sus palabras se cortaron en seco cuando el coche se detuvo de golpe y nos arrojó a ambos hacia delante.

—¿Qué coño ha sido eso? —pregunté.

—Lo siento, chicos. Unos capullos han bajado por la calle a toda leche como idiotas —dijo Ralph antes de pisar el acelerador para volver a ponerse en marcha.

Justo cuando estábamos acomodándonos de nuevo en el asiento y empezando a relajarnos, el mundo comenzó a hacerse pedazos a nuestro alrededor; las ventanas reventaron por el impacto de un coche que chocó contra nuestro lado izquierdo. No tuvimos tiempo de reaccionar o comprender qué ocurría exactamente. Lo único que sabía era que me dolía todo. El móvil me salió disparado de la mano. El pecho me ardía y la vista se me nubló.

Se escuchaban cláxones por todas partes. Los gritos de la gente retumbaban en mis tímpanos.

Por mucho que lo intentara, no podía moverme. Me sentía... ¿boca abajo? ¿Estaba boca abajo? ¿El coche estaba boca abajo? ¿Alex estaba...?

Mierda.

¿Alex?

Miré a mi izquierda, aunque el cuello me dolía con cualquier movimiento. Allí estaba, con los ojos cerrados, la cara cubierta de sangre y el cuerpo completamente inmóvil.

—Alex —exclamé con voz entrecortada y la palabra me abrasó la garganta mientras las lágrimas inundaban mis ojos—. Alex —repetí, una y otra vez, hasta que la cabeza comenzó a dolerme de una manera indescriptible.

Tenía que cerrar los ojos.
No quería cerrarlos.
Quería averiguar cómo estaba Alex.
Quería asegurarme de que estaba bien.
Quería...
Mierda.
No podía respirar. ¿Por qué me quemaba la garganta?
¿Mi hermano se encontraba bien?
Mis ojos comenzaron a cerrarse mientras «Retrograde»
resonaba en mis oídos.

Adiós a una estrella

Por Jessica Peppers

Parece que el mundo de la música tiene que decir adiós a otro artista. El guitarrista Alex Smith, de Alex & Oliver, ha fallecido a los veintisiete años. Tras un fatídico accidente de coche, fue llevado al hospital Memorial, donde se declaró su muerte a su llegada.

Fuentes cercanas a los hechos han afirmado que Alex había abandonado la fiesta por su hermano. ¿Es demasiado pronto para cargar la culpa en los hombros de Oliver? Oliver ha sufrido algunas heridas, pero nada demasiado serio. Aun así, quién sabe qué efecto tendrá semejante pérdida para el artista.

No te pierdas las próximas actualizaciones, y, recuerda, lo has leído aquí primero, en W News.

*

ÚLTIMA HORA

La maldición del club de los 27 Alex Smith ha fallecido a los veintisiete años

Por Eric Hunter

Jimi Hendrix, Janis Joplin, Jim Morrison, Kurt Cobain, Amy Winehouse.

¿Qué tienen en común todos estos músicos, aparte de ser promesas legendarias de la música? Todos abandonaron este mundo a la temprana edad de veintisiete años. Lamentablemente, el club acaba de ganar un nuevo miembro a la misma tierna edad. La muerte de Alex Smith se hizo pública anoche después de un trágico accidente de coche. Se rumorea que había consumido estupefacientes. Nos hemos puesto en contacto con el equipo de Oliver, pero todavía no hemos recibido respuesta.

Las preguntas se suceden en los días posteriores a la tragedia. ¿Cómo repercutirá esto para Alex & Oliver? ¿Seguirá Oliver sin su hermano? ¿Cómo será capaz de asumir una pérdida tan personal?

Solo el tiempo lo dirá.

No perdáis de vista nuestra web para seguir las próximas actualizaciones de este trágico suceso.

*

La tragedia golpea a Alex & Oliver

Por Aaron Bank

Alex Smith, de Alex & Oliver, ha muerto esta noche en un accidente de coche. Una de las estrellas más

brillantes de la industria musical se marcha demasiado pronto.

Con el fallecimiento de Alex, el mundo no solo ha perdido a un músico de gran talento, sino también a un gran defensor de los derechos humanos. Desde ser un portavoz para la comunidad negra hasta estar en primera línea de manifestaciones por la igualdad, Alex Smith hizo mucho por este mundo. Sin duda, nos ha dejado demasiado pronto.

*

Twitter Trending Hashtag

#DEPAlexSmith

ShannonE: Cuando se muere el hermano Smith equivocado.

#DEPAlexSmith

HeavyLifter: Oliver es un puto pringado. Si no hubiera hecho que su hermano se marchase antes de tiempo, Alex todavía estaría vivo. Es culpable de su muerte. DEP a uno de los mejores guitarristas del mundo.

#DEPAlexSmith #PúdreteOliverSmith

BlackJazz4235: ¿Quién coño son Alex & Oliver? Suenan a grupo emo que llora en el sótano de su madre.

#DEPAlexSmith #MúsicadeMierda

UptownGirlz: ¿Cómo es posible que solo sea 6 de enero y uno de mis ídolos ya esté muerto? Vete a la mierda, año nuevo. Quiero volver a empezar.
#DEPAlexSmith

UntitledSoul: Y por esto no hay que meterse droga, chavales. Putos adictos. #DEPAlexSmith

*

El destino de Oliver Smith está en peligro

Por Eric Hunter

Han pasado seis meses desde el fallecimiento de Alex Smith, una de las mitades del poderoso dúo Alex & Oliver, y parece que el tiempo no ha tratado bien a Oliver Smith. Vimos cómo su estancia en una clínica de salud mental se vio frustrada por los *paparazzi* y trabajadores insensibles que expusieron el tratamiento de Oliver, lo que llevó al músico a abandonar el centro antes de conseguir la ayuda que probablemente necesitaba. Desde entonces, se ha convertido en un ermitaño que apenas abandona su casa. Fuentes cercanas al músico aseguran que se encuentra al borde de una crisis emocional. Muchos fans esperaban verle revivir y recuperarse de la trágica pérdida, pero el tiempo pasa y tal vez tengamos que abandonar nuestras esperanzas, chavales.

Parece que ha colgado la guitarra para siempre. Y, además, seamos sinceros. ¿Quién quiere a un Oliver sin un Alex?

Capítulo 1

Oliver

Presente

Me desperté al lado de una mujer a la que quería, pero que ya no me gustaba demasiado. No siempre había sido así. Hubo un tiempo en mi vida en que Cam Jones me dejaba sin aliento. Nos inspirábamos el uno al otro. Manteníamos conversaciones profundas y significativas. La adoraba. Incluso llegué a pensar que algún día sería mi esposa. Pero con el paso del tiempo se había convertido cada vez más en una extraña.

Días después de la muerte de Alex, comenzaron a circular rumores de que Cam me había estado engañando, aunque ella lo negó. Ese era, precisamente, el motivo por el que nunca quise que nuestra relación se hiciera pública. Cuando los buitres clavan las garras en la vida de los famosos, no los sueltan hasta destrozarlos.

Después de prometerme que los rumores eran falsos, no insistí más. Los *paparazzi* se dedicaban a difundir mentiras. Además, estaba pasando por un mal momento. No soportaba la idea de pelearme con Cam, la necesitaba. Estaba allí casi todas las noches para acostarse a mi lado y, tal vez, era un blandengue por necesitarlo, pero odiaba la idea de estar solo.

Mis pensamientos eran demasiado lúgubres para soportarlos sin compañía.

Cam bostezó a mi lado y, al estirar los brazos, me dio un golpe en la cara. Solté un gruñido y volví la espalda hacia las puntas heladas de sus dedos. Me maravillaba que alguien pudiera estar tan frío pese a dormir envuelto en un millón de mantas.

Cuando me giré hacia la izquierda, ella tiró del edredón hacia la derecha, me lo quitó y se envolvió en él. Refunfuñé un poco y me moví hasta quedar sentado en el borde de mi cama extragrande mientras me masajeara las sienes. Entonces, al inclinarme hacia delante para levantarme, todo empezó a dar vueltas a mi alrededor.

Café.

Necesitaba café y unos quince años más de sueño. No recordaba la última vez que había dormido bien, al margen de cuando había perdido el conocimiento. Ya no lograba conciliar el sueño cuando estaba sobrio, mis pensamientos resonaban demasiado.

—Venga, arriba, princesa —canturreó una voz. Volví la cabeza unos centímetros hacia la puerta del dormitorio y entreabrí un ojo mientras la figura que tenía delante se enfocaba poco a poco.

Era Tyler, que me observaba desde allí con una taza de café y un frasco de ibuprofeno en las manos. Di gracias a Dios porque estuviera allí y por su habilidad para saber lo que necesitaba incluso antes de que se lo dijera. Tyler, que rondaba los cuarenta, era un tío bajito y calvo con el cuerpo tan tonificado como el de un superhéroe. Tenía un marcado acento del Bronx que no desapareció cuando se mudó de Nueva York a la Costa Oeste.

Siempre iba vestido con las mejores prendas de diseño y estropeaba su apariencia con las peores gafas de sol del mundo. A decir verdad, parecían sacadas de los años setenta. Estaba casi seguro de que había visto las mismas